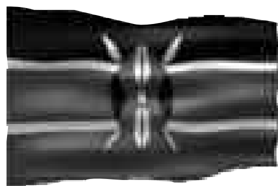




Liberados por la esperanza, Parte 1

La historia de hoy nos llega desde el sur de Kenia. *[Ubiquen a Kenia en el mapa.]*

«¡Guepardo!», gritó Shinai. «¡Rápido! ¡Métete debajo de la cama!» Namu empujó a su hermanita debajo de la cama en su choza construida con barro y palos. La pequeña Naeku se replegó contra la áspera pared de barro. La cama, hecha de piel de vaca estirada sobre ramas, no le ofrecía adecuada protección y los niños se estremecieron de terror al escuchar el gruñido amenazador de la fiera cerca de la puerta abierta de la choza.

Los niños finalmente se quedaron dormidos debajo de la cama, y el guepardo se alejó.

Cuando Naeku despertó por la mañana, salió de debajo de la cama y se paró temblando de frío al lado de su hermano. Su camisa liviana no la protegía del frío de la mañana. Su estómago producía ruidos por el hambre, pero ella sabía que no había alimentos en casa.

Shinai y Naeku pertenecen al pueblo *masai*. Viven en una pequeña choza llamada *manyatta*, en las planicies del sur de Kenia. La vida para los masai nunca es fácil. Desde la muerte de su madre en un parto, su papá a menudo dejaba a los niños solos durante días mientras él trataba de ahogar su pena con bebidas alcohólicas. Los niños lloraban de hambre, y a veces los vecinos les llevaban leche de su vaca.

Una nueva escuela para Naeku

Un día cuando Naeku tenía cinco años de edad, llegó un hombre para hablar con su papá. Ambos

DATOS INTERESANTES

☛ Los masai son un pueblo nómada, criadores de vacas, que viven en el sur de Kenia y al norte de Tanzania. El ganado son sus riquezas y se mudan de lugar en lugar para encontrar pastizales abundantes para sus animales. A menudo las mujeres y las niñas permanecen en casa mientras los hombres y los niños varones conducen a los animales en busca de pastos.

☛ La mayoría de los masai vive en pequeñas casas llamadas *craal* o *boma*, hechas de palos y revocadas con estiércol de vaca. El craal tiene solo una puerta de entrada, pero comúnmente no tiene una puerta de seguridad para proteger a sus ocupantes de los animales salvajes.

hombres hablaron largo rato. Entonces, el papá llamó a Naeku que estaba a la sombra de la choza y le dijo: «Ve con este señor. Él te va a llevar a la escuela».

Naeku obedientemente siguió al hombre hasta su automóvil. Se preguntaba qué le pasaría, pero sentía demasiado miedo para preguntar. El hombre al percibir su temor le dijo: «Te va a gustar tu nueva escuela. Allí, la vida va a ser más fácil para ti».

Se levantaban nubes de polvo mientras el automóvil recorría veloz la ruta llena de obstáculos. Naeku sentía hambre y sed, pero no se quejó. Pronto llegaron a un grupo de edificios. El vehículo se detuvo y salió una mujer a saludarlos. El hombre presentó a Naeku a la mujer, la directora de la escuela. La niña tímidamente se acercó a ella y recibió una caricia suave en la cabeza, el saludo habitual de su cultura. Entonces la directora tiernamente invitó a Naeku a pasar y ver su nuevo hogar.

Nuevas experiencias

Entraron a un edificio grande y permanecieron paradas en un gran salón. Había filas de camas a lo largo de las paredes y en medio de la habitación. No se parecían en nada a las camas de piel de vaca que tenía su padre en casa. Estas camas tenían colchones y cobijas suaves. «Esta es tu cama», dijo la señora sonriendo. La niña colocó sus escasas pertenencias en una caja y las guardó debajo de la cama.

Luego siguió a la dama hacia otra habitación donde encontró un plato de yuca hervida, matoke *[plátano cocido, y generalmente majado]*, y algunas verduras. La directora sonreía y asentía con la cabeza, y Naeku se sentó y comió con mucho apetito. Por primera vez en meses sintió que su estómago quedaba completamente saciado.

Luego, la directora se dirigió con Naeku por el patio hacia otro edificio. Naeku escuchaba a los demás niños recitar sus lecciones con voz al unísono. No estaba segura de lo que significaba lo que decían. Llegaron al salón y Naeku se quedó mirando sus pies descalzos mientras que la directora la presentaba a su nueva maestra y a sus compañeros de clase. El edificio de bloques de concreto era sencillo y estaba lleno de bancas de madera con su pupitre, pero Naeku jamás había visto algo tan lujoso.

Amarga soledad

Naeku pronto se acostumbró a su nuevo hogar y nuevo horario. Le encantaba la escuela y pronto estuvo en el mismo nivel que los demás niños. Pero durante la quietud de la noche a menudo sentía un nudo amargo en la garganta al sentirse sola y pensar en su hermano, que estaba solo en la choza de la familia y su pequeña hermana que vivía con su tía. A menudo cuando pensaba que nadie la observaba, lloraba en silencio. ¡Cuánto deseaba que ellos también pudieran estudiar y tener una vida mejor, como ella!

La próxima semana veremos qué le sucedió a Naeku en su nueva escuela. Mientras tanto oremos por los niños masai, cuyas vidas son difíciles y, quienes a menudo, no tienen el privilegio que tienes tú de estudiar. *[Terminen con una oración.]*